
ODA SEXTA.

A AGESIAS DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO DE MULAS.

El pórtico de alcázar eminente
Sostiene el arquitecto con pilares
De mármoles y de oro reluciente;

Y dorado portal á mis cantares
Quiero poner: la espléndida fachada
Del palacio, han de ver desde los mares.

Quien de Olímpico lauro coronada
Muestra su sien, y á Jove hostias ofrece
En el ara por Pisa levantada,

Y de la noble Siracusa acrece
El glorioso recinto, ¿qué canciones,
Si elogiarlo queremos, no merece?

¡Dichoso tú, que tal coturno pones
A tu divina planta, prole augusta
De Sóstrato, con ínclitas acciones!

Valor que no se prueba en lid robusta
Con los hombres ó el líquido elemento,
Ni al navegante ni al atleta gusta;

Pero levanta eterno monumento
El pueblo, á los heroicos adalides
Que probaron, luchando, su ardimiento.

¡Agesias! Para tí el encomio pides
Que dirigió de Adrasto el justo labio
A Anfíarao, honor de los Oiclides,

Cuando la tierra al sacerdote sabio
Tragando con su carro juntamente,
De muerte infame le evitó el agravio.

Las siete piras al arder enfrente
De las Tebanas puertas, así clama
De Talayón el vástago doliente:

«¿Dó está el amigo á quien en vano llama
Mi triste voz; que espléndido lucero
De mis falanges pregonó la fama?

»Diestro vibraba el homicida acero,
Y en el altar la víctima ofrecía,
Santo profeta y sin igual guerrero.»

¡Señor y dueño de la lira mía,
Profeta y lidiador Siracusano!
Igual elogio te compete hoy día.

Yo, que detesto el disputar insano,
Lo afirmo con solemne juramento
Que las canoras Musas no harán vano.—

¡Oh Fintis, ven, más rápido que el viento!
Unce las mulas, valeroso auriga,
Que ancho camino recorrer intento.

Mi carro ha de llevar tu mano amiga,
Hasta que á los períncritos mayores
De tu noble señor llegar consiga.

Mejor que los corceles voladores
Ellas conocen la gloriosa senda,
Desde que Olimpia las cubrió de flores.

A abrir las puertas, déjame que atienda,
De la canción; y por la vía llana
Volemos, conductor, suelta la rienda.

El camino tomemos de Pitana,
Que del Eurotas á la amena orilla
Hoy hemos de llegar á hora temprana.—

Fué Pitana gentil ninfa sencilla
Que Neptuno sedujo; y de aquel lazo
Provino Evadne, dulce morenilla.

El tierno fruto del vedado abrazo,
Escondido hasta el crítico momento
En los pliegues guardó de su regazo;

Y de la Arcadia al Príncipe opulento
Llevaron á la niña las doncellas,
Cuando pasó el feliz alumbramiento;

Y del Afeo en las riberas bellas
Epito la educó; y allá en Fesina
Febo, herido de amor, siguió sus huellas.

Ella libó las flores de Ciprina:
Mas no se oculta á Epito vigilante
La que va á germinar, planta divina.

A Delfos se dirige vacilante,
Reprimiendo el furor y pena aguda
Que el corazón desgárrale punzante.

Desvanece el oráculo su duda.—
Evadne, en tanto, en la floresta umbría
La purpurina faja desanuda.

Y con las Parcas, á asistirla envía
Febo á Lucina, que á las madres ama:
Y el dulce Yamo ve la luz del día.

Lo deja en su dolor sobre la grama
La triste ninfa; y llegan dos serpientes
Cuyas pupilas son vívida llama.

Por orden de los Dioses providentes,
Lo nutren con la miel que en los panales
De las abejas liban inocentes.—

Mientras, por los extensos pedregales
De Pitona, cabalga el Rey gozoso,
Y llega de su casa á los umbrales;

Y á todos los domésticos, ansioso
Pregunta por el vástago felice
Que Evadne ha dado á Apolo venturoso.

De su divino padre el nombre dice;
Que ha de llegar á ser sobre la tierra
Profeta eminentísimo, predice,

Y eterna, si el oráculo no yerra,
Será su raza. Nadie sabe dónde
El anhelado párvulo se encierra.

Que ni lo vió ni oyó, firme responde
Cada mujer: ¡y el quinto sol ya brilla
Sobre la hierba que al infante esconde!

Humedecen su cándida mejilla
Los pétalos de violas inmortales,
De color purpurina y amarilla.

La madre, atenta á conjurar los males,
Nombre inmortal para su niño toma
De las flores, que ve, primaverales.

No bien el bozo en su mejilla asoma
(De la adorable Pubertad divina
Espiga de oro y prematura poma)

Cuando al sagrado Alfeo se encamina
De noche el mozo, y salta reverente
En medio de su linfa cristalina;

Y á su progenitor armipotente
Neptuno, invoca; y de la sacra Delos
Al Rey, que vibra el arco refulgente;

Y pide á los señores de los cielos
La regia dignidad, que le permita
Consagrar á los pueblos sus desvelos.

La voz paterna á confiar lo excita,
Y, por nombre llamándolo, le jura
La gracia conceder que solicita.

«Levántate: mi voz guía segura
De tus pasos será; de esa montaña,
Hijo querido, sígueme á la altura.

»Esa comarca que el Alfeo baña,
Patria común del lidiador Heleno
Será, y admirador de gente extraña.»

Así dijo el oráculo; y del seno
De las aguas saliendo, á la eminencia
Del Cronio, Yamo al dios sigue sereno.

Allí de sus tesoros la opulencia
Descubriéndole Febo, al mozo inspira
De la adivinación la doble ciencia.

A oír su voz, exenta de mentira,
Le enseña desde entonces; y le manda
Que cuando Hércules venga (á quien admira

Como á su flor, la raza veneranda
De los Alcides, semidiós glorioso,
Cuya furia en la lid ninguno ablanda)

Y del padre en honor funde piadoso
Fiestas solemnes y robustos juegos,
Sobre el altar de Jove poderoso

Establezca el oráculo, y sus fuegos
Encienda.—Desde entonces renombrados
Los Yámidas han sido entre los Griegos.

Opulentos también y afortunados,
De la fama el amor los arrebató:
Síguenla por caminos no trillados.

El valer de los hombres aquilata
Su propio proceder; mas de la Envidia
Ninguno escapa á la cuchilla ingrata.

Hiere al hermoso con tenaz perfidia;
Y hiere al que girando doce veces
En redor de la meta, heroico lidia.

Si el Olímpico triunfo hora mereces
¡Oh Agesias! de los ínclitos abuelos
De tu madre, lo debes á las preces.

Del monte de Cilene entre los hielos
Aplacaban con diario sacrificio
A Mercurio, el heraldo de los cielos

Que de Arcadia al honor mira propicio
Y las coronas en la lid reparte:
A él y á Jove agradece el beneficio.—

Ansioso siempre ¡oh lira! de pulsarte,
Hoy más que nunca que me aguza siento
La lengua el pedernal, no sé con qué arte.

¡Estinfalia Metope! Dulce viento
A tus floridas márgenes me lleva,
¡Madre de la deidad por quien aliento!

Tú diste á luz á mi adorada Teba,
De potros domadora, en cuya fuente
Permite á su hijo que sin tasa beba.

Jamás entono al lidiador valiente
Encomiásticos himnos, si no quita
Su dulce manantial mi sed ardiente.—

¡Vamos, Eneas! A tu coro excita
A celebrar á Juno sacrosanta
Que en el Partenio monte excelsa habita.

En acordado són conmigo canta.
El viejo adagio que desmientas quiero,
Que á Beocia atribuye infamia tanta.

Cual báculo y querido mensajero
De las Musas, y vaso que rebosa
De altisonantes himnos, te venero.

Manda cantar á Siracusa hermosa,
Y á Ortigia, do devoto se prosterna
De Ceres á los pies color de rosa,

Y adora la potencia sempiterna
De Júpiter Etneo y Proserpina,
El rey Gerón, que justo las gobierna.

Le es familiar la cítara argentina
Y el dulce canto. ¡Nunca su ventura
Empañe el tiempo, que veloz camina!

Reciba con benévola finura
Su majestad los cánticos triunfales
Que á Agesias consagró mi lengua pura.

De los sagrados muros Estinfales,
Gloria de Arcadia, de su madre cuna,
Torna á su patria y techos paternos.

En noche tormentosa, á que la luna
Niega su luz, en la agitada barca
Dos áncoras tener es gran fortuna.

A su doble mansión quiera la Parca
Enviar la dicha. Y tú próspero viento
Da á su nave, ¡oh del mar alto Monarca!

Protégelo, Señor, por el contento
Que de Anfitriote diéronte las bodas:
Y de la fama el perfumado aliento

Acaricie las flores de mis odas.

ODA SÉPTIMA.

Á DIÁGORAS DE RODAS,
PÚGIL.

Agrada á padre anciano
Con espléndida mano
Tomar la copa, donde hierve opimo
El rocío sabroso
Que destiló dulcísimo racimo.
Lo gusta, y generoso
Al yerno juvenil luego lo pasa;
Y va de casa en casa
El bello cáliz de oro,
Gloria de su tesoro
Y del festín lujosa maravilla.
El valioso presente
Honra al novel pariente;

La admiración en sus amigos brilla,
Y proclaman feliz á quien alcanza
Novia tan bella y tan gloriosa alianza.

Mi mano, de igual suerte,
De mis cantares vierte
El dulce néctar, don de las Camenas
Y de mi ingenio fruto,
Al que vence en atléticas arenas
Enviándolo en tributo.
Al varón que en Olimpia ó en Pitona
Gana verde corona,
Llena la lira mía
De célica alegría.
¡Feliz el hombre á quien eterna fama
Donan los trovadores!
De mi cantar las flores
Sobre este y sobre aquel mi voz derrama,
Ya la cítara al himno acompañando,
Ya de las cañas el acento blando.

Con ambos instrumentos
Hoy bajo, los concentos
A consagrar, de mis triunfales odas
A Diágoras robusto
Y á la que baña el mar, bélica Rodas;
Ninfa que el Sol agosto
Llama esposa feliz, é hija divina
De la bella Ciprina.
Al púgil giganteo
Que á orillas del Alfeo

Y de Castalia, coronó su frente,
Celebro entusiasmado
Y á Demageto (amado
De la Justicia) padre del valiente;
Gloria de la Isla que á Asia muestra altiva
Sus tres ciudades y su gente Argiva.

Sangre del noble Alcides
Hierva en los adalides.
De su linaje llegaré al Supremo
Progenitor ilustre,
Rastreando hasta el grande Tlepolemo
De su familia el lustre.
Del alto Jove la paterna rama
Oriunda se proclama,
Y la otra se gloria
De ser de Astidamía
Y de Amíntor insigne descendiente.
Innúmeros errores
Girando engañadores
Del infeliz mortal ciegan la mente;
Y el bien que ha de elegir, mísero ignora
Lo mismo el día de hoy que en la última hora.

Como patente ejemplo
De suerte tal, contemplo
De esta colonia al fundador gallardo.
La cólera no enfrena,
Y de Alectrión al vástago bastardo,
Que hermano fué de Alcmena,
Con duro tronco de silvestre oliva

Inhumano derriba
 A tiempo que, en Tirinto,
 Salía del recinto
 Del alcázar suntuoso, do moraba
 La culpable Midea,
 A Licimnio golpea
 De Tlepolemo audaz la fuerte clava:
 (¡Así aun al sabio la pasión ofusca!)
 Y el joven delincuente á Apolo busca.

El Dios de áureo cabello,
 Del oráculo el sello
 Dulce rompiendo entre perfumes suaves,
 De Lerna á la remota
 Isla, llevar le manda de sus naves
 La numerosa flota.
 Bañó con nieve de oro aquel terreno,
 Del espantoso trueno
 El Numen soberano,
 Cuando partió Vulcano
 Su alta cabeza, con segur luciente.
 Por la profunda herida,
 De armadura vestida
 Salió Minerva de la augusta frente;
 Y el que lanzó al nacer, grito de guerra,
 Hizo temblar los cielos y la tierra.

El que ilumina al mundo,
 Vástago rubicundo
 Del excelso Hiperión, baja al momento;
 Y á sus queridos hijos

Ordena celebrar tal nacimiento
 Con santos regocijos.
 Quiere que sus amados insulares
 Los primeros altares
 Con mano generosa
 Erijan á la Diosa;
 Y ofreciendo solemnes sacrificios,
 A su padre sublime
 Y á la Virgen que esgrime
 El terrible lanzón, tengan propicios.
 ¡De cuánto sirve al hombre la prudencia!
 Gozo le da, poder y preeminencia.

Mas suele repentina
 Venir ciega neblina
 De olvido, que espesísima sepulta
 La pobre mente humana,
 Y de la empresa más sencilla, oculta
 La senda recta y llana.
 A la santa montaña así obediente
 Sube la Rodia gente,
 Y sólo allá repara
 Que falta para el ara
 El necesario germen de la lumbre.
 Sin humo asciende el ruego,
 Y víctimas sin fuego
 In molan, del castillo en la alta cumbre.
 Nube rojiza Júpiter les trae,
 Y lluvia de oro sobre Rodas cae.

Luégo en las artes todas

Concede á los de Rodas
 La Diosa de ojo azul tal maestría,
 Que ninguno en el mundo
 Las bellas obras igualar podría
 De su cincel fecundo.
 Se vieron en sus calles esculturas
 Que vivas creaturas
 El extraño creyera.
 ¡Dichoso quien supera
 Con la destreza el dolo! Eterna gloria
 Así el hábil artista
 A su patria conquista.—
 Cuando Júpiter (narra antigua historia)
 Sus reinos á los Dioses señalaba,
 Rodas sobre la mar aun no flotaba.

Bajo las turbias ondas
 En las cavernas hondas
 Del piélago, la isleta se escondía,
 Y nadie su existencia
 Indicó; ni del Sol, en aquel día
 La inevitable ausencia.
 Al Numen no alcanzó el repartimiento,
 Y al oír su lamento
 Otro nuevo dispone
 Jove; mas él se opone
 Y «dame (al Padre de los Dioses dice)
 La que en mi diurno giro,
 En lo profundo miro
 Del espumoso mar, tierra felice.
 Producirá mil héroes esforzados,

Y nutrirá magníficos ganados.»

La obtiene del Tonante;
 Y exige que levante
 La derecha fatal Laquesis (Parca
 De dorada diadema)
 Confirmando del célico Monarca
 La donación suprema.
 Júpiter da su excelso asentimiento,
 Y el sacro juramento
 Por la Estigia laguna,
 A que Deidad ninguna
 Puede faltar, pronuncia; asegurando
 Que apenas al ambiente
 Salga la isla naciente,
 La regirá del Sol el cetro blando.
 No fué del Numen la aserción insana,
 Ni del Tonante la promesa vana.

De la salada linfa
 Surge la dulce Ninfa;
 Y de ella y del solar que la circunda
 Es rey y amante esposo
 El Padre de la luz que al Orbe inunda;
 Cuyo carro fogoso
 Conducen potros cuyo aliento es llama.
 La tierna Rodas lo ama,
 Y de su casto enlace
 Sabia progenie nace,
 De aquella edad prodigio verdadero
 Que la virtud acendra.

Del Sol un hijo, engendra
 A Yaliso, y á Lindo, y á Camero,
 Que la ínsula en tres partes se dividen,
 Y hacen que con sus nombres se apelliden.

En isla tan augusta,
 Cual recompensa justa
 De sus trabajos é infortunio extremo,
 De fúnebres honores,
 Al Rey de los Tirintios, Tlepolemo,
 Colman sus moradores.
 En sus altares, como á excelso Numen,
 Víctimas se consumen;
 Y su gloriosa tumba
 Con el eco retumba
 De juegos, en que gana ya dos veces
 Diágoras la corona.
 El heraldo pregona
 ¡Istmo gentil! las cuatro que le ofreces.
 Una tras otra le ciñó Nemea;
 Una tras otra Atenas la petrea.

Engalanarlo pudo
 En Argos el escudo
 (Premio al valor) de bronce refulgente;
 En las heroicas pruebas
 De Arcadia, el cáliz de metal luciente
 Ganó, y en las de Tebas;
 Beocia en sus certámenes legales
 Le canta himnos triunfales;
 En Egina y Pelene

Seis victorias obtiene;
 Y lápida de mármol en Megara
 Su nombre inmortaliza
 Sin igual en la liza.
 ¡Oh Padre Jove, cuyo cetro ampara
 Del Atabirio excelso el monte santo!
 El homenaje acepta de mi canto.

Cubre, Señor, de gloria
 Al que la gran victoria
 En Olimpia ganó, púgil valiente.
 Estima y reverencia
 Entre la propia y extranjera gente
 Le dé tu omnipotencia;
 Que el rumbo sigue á la arrogancia opuesto,
 Enérgico y modesto;
 Y los ejemplos raros
 De sus mayores claros
 Siempre su norma son. ¡Musa! No olvides
 Que del buen Calianate,
 Célebre en el combate,
 Es nieto, y de los nobles Eratides.
 Rodas está de fiesta. Su contento
 No venga á perturbar mudable viento.

ODA OCTAVA.

Á ALCIMEDONTE DE EGINA,

JOVEN LUCHADOR.

¡Oh madre de las lides
Fecundas en coronas refulgentes,
Reina de la verdad, sagrada Olímpia!
En tu seno el fatídico profeta
En las ardientes víctimas explora
La voluntad de Júpiter, que el rayo
Rápido vibra; y sin errar conoce
Cuando los votos del atleta escucha
Que á la victoria y al reposo, premio
Debido á los certámenes, aspira.
A la piedad concede
Y á las preces del santo sacerdote
Su respuesta el oráculo. ¡Oh de Pisa
Frondosísimo bosque, cuyas ramas

002599

Prestan su sombra al cristalino Alfeo!
 Recibe este cantar, y las coronas
 Triunfales que te ofrezco. Alto renombre
 Adquiere siempre el vencedor ilustre
 A quien tú recompensas; pero varios
 Los galardones son, y por caminos
 Diversos, á la gloria nos conducen
 Los Dioses inmortales.

¡Timóstenes! El Hado
 A tu hermano y á tí, bajo las alas
 De Jove colocó; vuestro patrono
 Desde la cuna. Tú, renombre eterno
 En Nemea ganaste: á Alcimedonte
 Hoy alegre la Olímpica victoria
 De Crono en la colina. ¡Cuán gallarda
 Era del joven la marcial figura!
 Y sus heroicos hechos
 De su aspecto gentil no desdecían.
 En la lucha venciendo, de su patria,
 La bella Egina (cuya armada empujan
 Remos inmensos), el ilustre nombre
 Elevó hasta los cielos. Allí Temis,
 Salvadora Deidad, nunca abandona
 A Jove, defensor del extranjero;
 Y reina más gloriosa
 Que en ningún otro pueblo de la tierra.

En extremo difícil
 Es decidir con imparcial dictamen,
 Cuando á uno y otro lado

Variado peso la balanza inclina.
 Pero la providencia
 De los Númenes, quiso que, igualmente
 Que Olimpia, esta región que ciñe el ponto
 Seguro asilo y divinal columna
 Fuese á los numerosos peregrinos
 Que acuden en tropel de todas partes
 A su bello recinto. (¡Quiera el tiempo
 Nunca variar su genio hospitalario!)
 Desde Éaco, la Dórica familia
 La gobernó. De la gentil Latona
 El vástago, y Neptuno poderoso,
 Al semidiós llamaron
 Como auxiliar en la divina empresa
 De circundar á Ilión con fuerte muro.
 Los Hados decretaban
 Que al encenderse las voraces guerras,
 De ciudades verdugos, de humo espeso
 En nube aterradora, se verían
 Envueltos los Troyanos baluartes.

No bien la nueva torre
 Terminan los artífices divinos,
 Cuando hórridas la asaltan tres serpientes
 De azulado color. Dos al instante
 Caen; y retorciéndose, el aliento
 Último exhalan. La tercera al muro
 Se abalanza, y con silbos horrorosos
 Penetra en el recinto. Apolo estudia
 El adverso prodigio, y así dice:
 «Eaco, semidiós: de la muralla

La parte que tus manos han labrado
 Caerá derribada, y por la brecha
 En Pérgamo entrarán los enemigos.
 (Así me lo revela este portentoso
 Que el Tonante ha mandado.) Su caída
 Se deberá á tus hijos; pero sólo
 En la primera y cuarta
 Generación vendrán.»

Tales sentencias

Profiere el rubio Numen infalible,
 Y de las Amazonas
 (Bellas cabalgadoras) por el Xanto
 Avanza á la región, y á las comarcas
 Que riega el Istro. Su veloz quadriga
 Dirige en tanto al Istmo,
 Que el Océano baña, del Tridente
 El excelso Monarca; y con sus yeguas,
 De oro adornadas, otra vez á Egina
 Al buen Eaco lleva, y de Corinto
 A la eminencia, el célebre banquete
 A presenciar, y las famosas fiestas.

Nada hay entre los hombres
 Que á todos á la par deje contentos.
 Si para el viejo preceptor Milesias
 Los honores reclamo por el triunfo
 De sus nobles discípulos imberbes,
 En mis cantares, guárdese la Envidia
 De arrojar á mi faz agudas piedras.
 Que en juvenil edad, igual victoria

En Nemea ganó, y en el *pancracio*
 Mucho tiempo después á varoniles
 Atletas ha vencido, yo aseguro.

Maestro acostumbrado á la victoria,
 Mejor enseña que varón imbele
 Que jamás combatió. Loco es el hombre
 Que la ignorada senda
 A otro intenta mostrar; y por los aires
 Vaga la mente de inexperto guía.
 ¿Quién mejor que él la disciplina ruda
 Enseñarnos podrá, que forma al héroe
 Ansioso de ganar en los combates
 El codiciado premio? Alcimedonte
 Su trigésimo alumno
 Es ya, que ha conseguido la victoria.
 Con el favor divino
 Y su propio vigor, postró en el suelo
 A cuatro niños, que á la patria mudos
 Y sin honor, por sendas extraviadas
 A tornar obligó, mientras alegre
 De su triunfo gozaba. Nueva vida
 En su abuelo infundió, que de los años
 Resista al peso abrumador: la gloria
 Hace olvidar hasta la tumba fría.

Tierno recuerdo consagrar es justo
 A los bravos Blepsíades, mi canto
 También á sus hazañas dirigiendo.
 Ya la sexta corona es la presente
 Que sus invictas manos, de los juegos

A las frondosas ramas, arrancaron.
 También á los difuntos
 Atañe una porción de los honores
 Que el rito á los vivientes asegura;
 Ni les oculta el polvo
 La gloria de su noble descendencia.
 ¡Oh Fama, de Mercurio
 Hija querida! A los Elíseos campos
 Rápida vuela, y á Itión anuncia
 La fausta nueva; los solemnes triunfos
 El refiera á Calímaco, que Jove
 En la Olímpica arena
 A su ilustre familia ha concedido.
 ¡Que bienes sobre bienes acumule
 Sobre ella su bondad, y las agudas
 Enfermedades, del umbral aparte
 De Alcimedonte y de su hermano tierno!
 Jamás su providencia
 A Némesis permita vengadora
 La dicha perturbar que los circunda.
 Una vida feliz, libre de males
 Les conceda hasta el fin, y altos honores
 Vierta sobre ellos y su dulce patria.

ODA NOVENA.

Á EFAR MOSTO DE OPUNTE,
 LUCHADOR.

Bastante ha resonado
 De Arquíloco la triple melodía,
 Cuando al Cronio collado
 A Efarmosto la pompa conducía,
 Repitiendo constante
 Siempre la misma aclamación triunfante.

Mil flechas, de la aljaba
 Saca de tus hermanas, y su punta
 Primero en Jove clava;
 Al promontorio de Elis luégo apunta,
 (Dote de Hipodamía
 Que Pélope ganara) ¡oh Musa mía!